¿Reveladores? Así debería ser, sin duda alguna, para legitimar vuestra ambición y justificar vuestra empresa: porque ¿cómo es posible que sin haber recibido desde lo alto el signo auténtico de una nueva revelación, vengais con toda formalidad en el siglo XIX á proponernos una nueva educación de las inteligencias, ó para decirlo en otros términos, una refundición del espíritu humano? Si no sois dioses, y nada que yo sepa nos ha demostrado que lo seais, vuestra ambición es cuando menos sorprendente. Lo que nos anunciais tiene traza de divino: mostradnos, pues, un reflejo de Dios en vuestra frente. ¿Cuál es vuestra revelación? ¿Qué verdades desconocidas traeis al mundo? ¿Con qué nuevo dogma enriqueceis al espíritu humano?

¡Ah! ese espíritu humano os ha comprendido ya, y ese siglo os ha visto á toda luz; y sabe que vuestras revelaciones no són más que supresiones, que en vez de multiplicar las verdades, las disminuís; que en vez de iluminar nuestras inteligencias con nuevas luces, no haceis más sino apagar las antiguas. Sí: vosotros apagais con vuestro soplo esas radiantes antorchas que iluminan desde lo alto todos los laberintos de la inteligencia, como son la teología, la metafísica, la psicología y la moral; y con todo eso decís: *Fiat lux.* ¡Y ese es vuestro papel como reveladores y vuestro ministerio como iluminadores! Apagar la teología, apagar la metafísica, apagar la psicología, apagar la moral misma; y creer despues firmemente que una vez extinguidas con vuestro potente soplo todas esas grandes antorchas del espíritu, el género humano verá más claro, y que arrojada la luz de todos los puntos culminantes, va á subir de abajo arriba contra todas las leyes establecidas. ¡Oh, reveladores! Dejadnos nuestras antorchas, y guardaos vuestras revelaciones.

No sois reveladores, no. ¿Qué sois, pues? ¿Sois *inventores?* Pues entónces seria preciso que al menos nos dijéseis cuáles son y dónde están vuestras invenciones. ¡Mas ah! Bien conozco vuestras invenciones, que darian no poco que reir á este grave auditorio y que no recordaré. No, señores, no quiero proporcionarme el placer harto fácil de hacer pasar por delante de vuestros ojos las fantásticas invenciones que han dado á ciertos maestros del positivismo la celebridad de la extravagancia

más aún que la del ingenio. Dejaré á un lado los fenómenos valetudinarios de ese famoso *régimen mental.* Me haré cargo del positivismo menos imaginativo, menos enfermizo y menos propenso á las crísis de la alucinación; del positivismo más franco y más razonable, más político y más castigado, más retocado y más correcto; en suma, del positivismo más *positivo.* Lo tomaré tal como hace un momento nos lo mostraba su oráculo más ilustre; y le diré: ¿Qué has hecho por el progreso de la ciencia? A cada momento estoy oyendo en tus discursos esa palabra cabalística: la ciencia. Pues bien: nosotros, que no somos positivistas, querríamos saber lo que ha hecho el positivismo en el siglo XIX para que pueda considerársele como el númen de la invencion científica.

Vosotros nos decís con grande estrépito, que independientemente de la teología, de la metafísica, de la psicología y de la moral, es decir, de todo lo que vosotros no admitís, hay seis ciencias entre todas las demás que limitan y demarcan los dominios científicos; á saber: las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la biología y la sociología.

Nos decís además que esas seis ciencias están enlazadas por relaciones naturales que es casi imposible no ver si se tienen los ojos abiertos: ¡Qué descubrimiento, gran Dios! Que hay seis ciencias y que esas seis ciencias se corresponden y se llaman mútuamente. Ved ahí una cosa maravillosa; y en verdad que creemos comprenderos. Pero ¿no podrémos saber cuál de esas seis ciencias es la que vosotros habeis inventado, ó al menos la que habeis engrandecido ó perfeccionado de un modo notable? ¿ó siquiera la que por el áspero camino del trabajo habeis levantado hasta la gloria de los grandes descubrimientos que han dejado impreso un surco luminoso en pos de los pasos de tantos ingenios ilustres en la ciencia? ¿Dónde están vuestros Kepleros, vuestros Galileos, vuestros Newtons, vuestros Liebnitz, vuestros Laplaces y vuestros Lavoisiers? Voy buscando entre vosotros un solo hombre que haya sorprendido en la creación un secreto del Criador: voy buscando un verdadero *inventor;* y no lo encuentro.

No sois, pues, inventores, como tampoco sois reveladores. Y entónces ¿qué sois? ¡Ah!

ya os oigo reivindicar una gloria que no tiene semejante en la ciencia. «Nosotros somos, decís, los *organizadores* de la ciencia moderna en el siglo XIX.» ¡Los organizadores de la ciencia....! Pero ¿de qué manera? ¿A la manera de Aristóteles, á la de Santo Tomás de Aquino, ó á la de Bacon? Mirad bien que aun sin tomar en cuenta la comprension, la amplitud y la profundidad del ingenio, os separa un abismo de esos grandes organizadores de la ciencia. Ellos lo abarcaban todo, ó al menos no excluian nada. El primero tomó por centro la filosofía, el segundo la teología y el tercero la física; pero ninguno de los tres conocia esa excomunión intolerante de una parte de la ciencia respecto de la otra; ni se les habia ocurrido que para organizar la ciencia fuese preciso separar de una vez la mitad ó las tres cuartas partes de ella: sobre todo, nunca se figuraron que fuese preciso *eliminar* sistemáticamente sus bases más profundas y sus puntos más sublimes. Pero vosotros, señores positivistas, ¿qué otra cosa haceis sino eliminar y eliminar incesantemente?

Os hablo de la ciencia que ilustraron San Agustin, San Anselmo, Santo Tomás y San

Buenaventura, ó sea de la teología. ¿La teología? decis: está eliminada.—Os hablo de esa otra ciencia que recuerda los grandes nombres de Aristóteles, y Platon, de Descartes y de Leibnitz, de Bossuet y de Fenelon, ó sea de la metafísica. ¿La metafísica? decís: está eliminada. Os hablo de esa ciencia del alma que también tuvo por intérpretes los más grandes ingenios, ó sea de la psicología. ¿La psicología? preguntais: está eliminada. Os hablo en fin, de la moral eterna, de los hechos morales, de los fenómenos de la conciencia. ¿La moral, dice el positivismo; los hechos de la conciencia, los fenómenos morales? Están eliminados; eliminados, os repito.

¿Y á eso se reduce vuestra nueva organizacion? ¿Y ese es el método fecundo que ha de multiplicar en lo porvenir los milagros de la ciencia: la *eliminacion*, siempre la *eliminacion?* De manera que al par que con las grandes líneas de esas seis ciencias cuyas mútuas relaciones y armonías correlativas nos poneis de manifiesto bien ó mal, nos trazais, como hizo Dios con los límites de la tierra, las fronteras de la ciencia; describís, con la regla y el compás en la mano, una especie de base destinada

á servir de sostén á toda la arquitectura científica, y nos decís con tono imperativo: todo lo que no está comprendido en ese recinto, está *fuera de la ciencia.*

¿Y á eso llamais la organización de la ciencia y la educación de las inteligencias; á una série de negaciones y de destrucciones? ¡Ah! yo os lo juro por la ciencia misma; vuestra obra no es un edificio levantado con verdades nuevas para que se cobije bajo de él el ingenio del porvenir: es la prisión del espíritu humano construida con los restos del materialismo, del ateismo, del panteismo y de todos los errores que de un siglo á esta parte están amontonados en el camino real de la ciencia. Vuestra obra es un conjunto de negaciones; un ex plagio de filosofía negativa: la negación misma, en la más vasta escala que el espíritu humano la ha practicado nunca. Y por una de esas ironías vengadoras que la verdad echa sobre el error cuando la ultraja, viene á suceder que esa soberbia palabra *positivismo*, que quiere significar la plenitud de la afirmación, no sirve sino para designar la plenitud de la negación. Retiraos, pues, que ya estais juzgados. No sois reveladores,

no. No sois inventores, no. No sois organizadores, no. No sois más que *eliminadores.* No sois la multiplicación de la ciencia, sino su disminución; no sois el engrandecimiento de las inteligencias, sino su empequeñecimiento; no sois un edificio levantado con verdades conquistadas, sino un montón de ruinas formado con el polvo de las verdades destruidas: no sois la armonía de las afirmaciones, sino la amalgama de las negaciones.

¡Y á ese montón de ruinas, á ese casucho formado de escombros, es á lo que llamais soberbiamente el edificio de la ciencia nueva. Vamos, pues, á demostrar, antes de concluir, que esa construcción no puede sostenerse; que no hay en el mundo nada menos científico, ni más desmentido por la ciencia que esa titulada organización de la ciencia.

II

Y notad bien ante todo, señores, que no se trata aquí de las personas, sino de las cosas; porque al negar el valor científico del positivismo, no tengo el menor afan de reba-

jar el valor personal de los hombres que se han erigido en apóstoles suyos; antes bien reconozco que algunos hombres honrados han puesto al servicio de esa idea prodigios de trabajo, y tesoros de saber, que hubiesen dado más fruto sirviendo á una causa mejor.

Ciertamente debemos decir, en obsequio á á la verdad, que el positivismo no ha producido hasta ahora su Aristóteles, ni su Bacon, ni su Leibnitz, ni su Newton, ni su Keplero. Pero líbrenos Dios de imputarle eso como un crímen: no es el ingenio del que lo quiere; porque el ingenio es un astro que rara vez se muestra en el horizonte de las inteligencias. Respecto á la ciencia ya es otra cosa. Con cierta dósis de buena inteligencia, de buena memoria y de buena voluntad, se puede ser sabio si se quiere: los positivistas lo han querido y han llegado á serlo. Pero no són sabios porque son positivistas: su positivismo no entra para nada en su saber. Són sabios *á pesar* de que són positivistas; porque en la esfera donde ellos se mueven, se llega hasta alcanzar cierto grado de ciencia, cualquiera que sea la filosofía que se profese, ó aunque no se profese ninguna. En fin, sea de ello lo que

quiera, la cuestión que aquí se presenta deja fuera de discusión el valor personal de los sabios positivistas: sólo se trata de saber lo que el positivismo, como positivismo, vale ante la ciencia: esa es toda la cuestión: esa cuestión es eminentemente desinteresada: y los positivistas no pueden encontrar mal que nosotros investiguemos con la mayor lealtad lo que el positivismo hace realmente en favor de ese progreso de la ciencia que en sus sueños busca para la humanidad.

Penetremos en lo íntimo de las cosas, y vereis como todo protesta en alta voz en nombre de la ciencia contra las pretensiones científicas del positivismo. Porque en efecto; la ciencia misma, examinando ese sistema, descubre en él tres vicios radicales que prueban su nulidad científica aun á los que le miren con menos atención: á saber, la hipótesis gratuita, la contradicción universal y la falsedad absoluta.

Lo que ante todo llama la atención en esta prodigiosa doctrina, es que tiene en su base el vicio radical que ella misma echa en cara á todo lo que pretende destruir en nombre de la ciencia, es decir, la *hipótesis*. Oid hablar

á ese ingenio tan exigente, tan rigoroso, tan severo y tan matemático, que se llama el positivismo, y vereis que todo lo que elimina de la ciencia lo elimina como hipótesis y á título de hipótesis. Si lo oís, todos somos juguetes de la hipótesis: los teólogos suponen todo un mundo de realidades teológicas: los metafísicos suponen un mundo de realidades metafísicas; los psicólogos suponen un mundo de realidades psicológicas; los moralistas suponen un mundo de realidades morales. Nosotros estamos siempre suponiendo. El positivismo no ve por do quiera sino suposiciones, lo mismo en las creencias más acreditadas que en las convicciones más universales: incesantemente nos está hablando de la *supuesta* causa primera, del *supuesto* Dios, de la *supuesta* alma. En una palabra, la hipótesis, y siempre la hipótesis, es lo que se cree con derecho á echarnos en cara siempre y en todas partes, como el obstáculo radical que se opone al triunfo de la ciencia.

Despues de formar ese proceso en nombre de la ciencia á la tiranía de la hipótesis, parecia natural que el positivismo estuviese á cubierto de las ilusiones de la hipótesis; por-

que cuando hay valor para excomulgar con tanta altanería casi todas las doctrinas que profesa el género humano como puramente *hipotéticas*, no se concibe que se levante sobre meras hipótesis todo un sistema en que se denuncia á los más grandes ingenios de la humanidad como esclavos de la hipótesis. Y, sin embargo, ese es el espectáculo que el positivismo ofrece al mundo sabio en el siglo XIX. Sí: ese grande enemigo de la hipótesis todo lo levanta sobre hipótesis. Preguntad al positivismo dónde están sus bases ciertas y sus pricipios evidentes; y en todas partes hallareis hipótesis en vez de principios. ¡Y qué hipótesis, señores! Hipótesis que en otro siglo hubieran causado risa á los discípulos más vulgares de la ciencia, y que harán encoger de hombros á los filósofos del porvenir.

Enemigos declarados de la hipótesis ¿os habeis olvidado de lo que vosotros mismos os veis obligados á suponer?

En primer lugar suponeis que hasta el siglo XIX, el espíritu humano, á pesar del ingenio y de la virtud de sus órganos más famosos se ha visto sometido por la fuerza de las co-

sas al yugo humillante de las hipótesis gratuitas y de las creencias quiméricas. Y este hecho ni siquiera os tomais el trabajo de demostrarlo. ¿Y cómo podriamos aceptar sin pruebas una suposición semejante? ¿Cómo habiamos de admitir sin demostración una ley de progreso intelectual, en cuya virtud las inteligencias habian de estar fatalmente condenadas por espacio de largos siglos á afirmar lo falso y creer lo imaginario?

¡Qué hipótesis, señores, la que supone que la fatalidad del error y el reinado inevitable de la quimera ha sido una cosa universal y perpetua hasta nuestros dias! ¡Cómo! La humanidad está formada de tal manera y la ley invencible que la rige es tal que necesita comenzar, en el órden de los conocimientos, por el régimen mental teológico, el cual régimen mental es el error y nada más que el error, y luego ha de pasar del régimen teológico al régimen metafísico, cuyo segundo régimen es también el error; sólo que en vez de voluntades libres y quiméricas, hay en él entidades metafísicas imaginarias. Y esos dos estados han de durar siglos y más siglos; y se les encuentra en todas partes; y en todas partes afectan de tal suerte á todas las inteligencias, que ninguna puede sustraerse á la ley de su imperio: hasta que al fin se abre el famoso cielo, ó sea el tercer régimen mental, en que por vez primera el espíritu humano se liberta de la tiranía de la preocupación y de la oscuridad del error, para ver la luz de la verdad y disfrutar de la libertad de la ciencia. Oh soberbios enemigos de la hipótesis, vosotros los que confiscais en utilidad vuestra los gloriosos títulos de sábios y de filósofos, decidnos qué os parece esta hipótesis, científica y filosóficamente considerada.

Y sin embargo, esta no es aún sino la menor de vuestras hipótesis. Vosotros suponeis además como dogma fundamental de vuestra ciencia nueva, que todos los hechos, de cualquiera clase que sean, están sometidos *al mismo método de comprobación.* Suponeis que toda realidad debe ser conocida por *sólo la observación*, y que ninguna puede alcanzarse directamente por medio del raciocinio. Suponeis que no hay más que una ciencia, que esa ciencia es *el encadenamiento de hechos ligados entre sí por relaciones que pueden observarse directamente*, y que todo lo que no entra en es-

ta definición es sólo un sueño y una aprensión. Suponeis que el método que resuelve los problemas del mundo material y del mundo industrial es el único que puede tener eficacia para la solución de los problemas que interesan al espíritu humano, y por tanto el único método verdaderamente científico. Declarais, en fin, á manera de oráculo autocrático, que es preciso desarraigar esa preocupación tan cuidadosamente difundida por los teólogos y filósofos, de que hay dos clases de hechos diferentes, los hechos que caen bajo los sentidos y los que sólo percibe la conciencia; y suponeis como uno de vuestros axiomas más incontestables, que todos esos hechos son esencialmente *homogéneos.*

Pues bien: pregunto yo aquí al positivista más convencido. Todas esas afirmaciones fundamentales y todas esas fórmulas sacramentales de la nueva escuela ¿son verdades evidentes por sí mismas? ¿Habrá que concederos sin discusión y sin exámen, como si fuese un axioma, que todos los hechos, de cualquiera naturaleza que sean, están sometidos á *la misma ley* para su comprobacion? Pues eso es exigir que se os conceda lo que

estais obligados á demostrar. ¿Quién de vosotros ha probado que en el órden de los conocimientos toda realidad depende sólo de la observacion? ¿Cómo demostrais que una cosa no puede ser *real* si no puede ser *directamente observada por los sentidos?* Decis que eso no es necesario demostrarlo: pues en verdad que ese procedimiento científico no puede ser más cómodo. Y no es esto sólo; es preciso concederos también que no hay más que una ciencia y que esa ciencia no es más que el encadenamiento de hechos directamente observables; lo cual es pedir que se empiece por concederos aquello en que consiste toda la cuestión. Porque en efecto, ahí está la cuestión toda entera. ¿No hay más que una ciencia? Y esa ciencia ¿no puede contener otra cosa más que hechos directamente observables? Y todo lo que no entra en esa categoría ¿es forzosamente imaginario? Y ese método, ¿es realmente el único que merece el honor de llamarse científico? Vosotros así lo afirmais; pero nosotros lo negamos, y con nosotros lo niega todo el género humano.

Vosotros, que tan profundo horror teneis á la hipótesis, ¿no experimentais un senti-

miento de pudor filosófico al formular sin sombra de prueba una proposición tal como la de que *todos los hechos son esencialmente homogéneos.* Si ese axioma es la evidencia misma ¿cómo es que por espacio de tantos siglos se han obstinado las inteligencias en no verla? Y si esa fórmula no lleva consigo la luz que brilla en los axiomas, ¿cómo no veis que necesita ser demostrada? Y si necesita ser demostrada, ¿por qué la estableceis como principio? ¿Por qué estableceis esa hipótesis gratuita como base de todo ese edificio científico que descansa en el vacío?

Necesito reducirme todo lo posible, señores, y sin embargo, no hemos acabado aún de exponer todas las hipótesis positivistas. ¡Oh! el positivismo supone todavía otras cosas; y yo llegaria hasta lo infinito si me propusiera exponer todas sus hipótesis gratuitas. Supone que las cosas no tienen principio ni fin. Supone una serie de causas sin causa primera: una série de leyes sin legislador supremo, y una série de movimientos sin primer motor. Supone la *inmanencia* intrínseca de las fuerzas de la naturaleza y la fatalidad de su imperio. Supone que lo sobrenatural es imaginario y lo absoluto quimérico. Supone que todo lo que no es visible, comensurable y tangible, es la pura nada. Supone que no hay teología, metafísica, psicología ni moral; en una palabra, señores, el positivismo supone que él solo tiene razón y que todos los demás estamos en el error: que él es la verdad pura, la verdad íntegra, la ecuación exacta entre la inteligencia y lo inteligible: y que todo lo que no es el positivismo apenas merece que se le conceda el honor vulgar de tener sentido común.

Ved ahí lo que hacen esos hombres, que dicen mirando con un supremo desdén al resto de la humanidad: "la Escuela á que yo pertenezco se compone de espíritus positivos, rebeldes á todas las seducciones de la hipótesis y resueltos á no tomar en cuenta sino los hechos demostrados." ¡Ah! las seducciones de la hipótesis triunfan, y no poco, en esos espíritus tan rebeldes á las seducciones de la hipótesis. Pero ¿qué estoy diciendo? La hipótesis no es sólo la seducción del positivismo, sino su táctica: no es en él una debilidad, una distracción ó un olvido; sino un sistema. El positivismo tiene formada de antemano su re-

solución de establecer de una manera arbitraria todos sus puntos de partida, y resistirse en nombre de la ciencia al exámen científico de ellos. Y en efecto: hay una cosa que se ve por todas partes en los libros positivistas; y es que el positivismo tiene, no sólo propensión á la hipótesis, sino manía por ella: así es que se va á derecha y á izquierda, por los dominios de la ciencia ó por los espacios de la literatura, repitiendo siempre lo mismo, á saber, que todos los hechos son *homogéneos*, que los hechos de conciencia son puramente imaginarios, que lo absoluto no existe, que la metafísica es una quimera; es decir, precisamente todo lo que necesitaria demostrar.

Tal es, señores, el primer vicio radical de la doctrina positivista desde el punto de vista científico; suponerlo todo, y no demostrar nada. Es decir, que se encuentra, respecto á todas las grandes afirmaciones, y entre ellas las que pertenecen al órden natural, en una situación análoga á la que hemos visto que ocupa el naturalismo respecto á lo sobrenatural.

Pero no es este el único vicio que afecta al positivismo en su base: tiene otro no menos capital, que es la contradicciòn científica

elevada á la más alta potencia: así como es hipotético en todas sus bases, es contradictorio en todos sus procedimientos. El positivismo parte de la hipótesis y camina en medio de la contradicción.

A este propósito podriamos hacer notar antes que todo que el positivismo cae desde su primer punto de partida en la enorme contradicción de proclamar en la ciencia el reinado exclusivo de los hechos y de recusar al mismo tiempo, en nombre de la ciencia, todo un conjunto de hechos. Porque, como acabais de ver, el positivismo repite incesantemente su célebre fórmula: los hechos, y nada más que los hechos: y al mismo tiempo arranca al dominio de las ciencia los hechos más palpables que se producen por do quiera así en la cumbre como en el centro de nuestra vida: tales son: el hecho de la historia humana, que toda ella afirma lo sobrenatural: el hecho del pensamiento, que conoce y percibe lo invensible: el hecho de la inteligencia, que afirma lo absoluto: el hecho de la conciencia, que lleva impreso el sello de la ley moral: hechos todos tan palpables como muchos otros que admite y reconoce, y que sin embargo mira

con desdén y pasa junto á ellos calificándolos de quiméricos y de imaginarios.

Pero todavía hay en el positivismo una contradicción más radical; que es la de eliminar la metafísica y al mismo tiempo suponerla. Por una parte el positivismo descansa en la eliminación de la metafísica. La metafísica inspira al positivista una repulsión aun más profunda que lo sobrenatural, porque el positivismo tiene más que nada horror á lo absoluto y la metafísica vive de lo absoluto. De aquí procede su ódio instintivo á la metafísica: de aquí el grito de «atrás la metafísica; eliminemos por completo la metafísica.» Y por otra parte el positivismo acepta las matemáticas como la primera de sus bases. ¿Y quién no ve que las matemáticas tienen puntos de contacto necesarios con la metafísica y que proclamar la ley matemática es proclamar la existencia de la metafísica? ¿Por ventura las matemáticas pertenecen puramente al dominio experimental? No, en verdad: los axiomas algebráicos son racionales, no son empíricos. Y en prueba de ello, ¿podria la experiencia sola demostrar una verdad algebráica ó geométrica? ¿Habeis visto en la natura-

leza un círculo que os dé á la simple vista la idea matemática del círculo? ¿Conoceis un triángulo rectángulo que os dé la noción absoluta y verdadera del triángulo rectángulo? No: la verdad matemática no está en los cuerpos que analizais, ni en la materia ó en la extensión que medís; sino que los domina: sirbe para calcular su extensión, su peso y su movimiento; pero no está en ellos. ¿Dónde está, pues, el lugar en que reside el mundo matemático? Está en esa misma metafísica, que no podeis suprimir sin suprimir la base sobre la que intentais levantar todo el edificio de la ciencia.

Tal es, pues, la contradicción radical hácia la cual llamamos aquí la atención de los pensadores que miran lo sustancial de las cosas: basarlo todo en la ley matemática, y suprimir despues la metafísica, que es la base de las matemáticas: base eterna, unión divina, en que las matemáticas se enlazan con la metafísica, y una y otra con el mismo Dios. Sin duda alguna ha sido preciso que á los fundadores del positivismo les haya faltado el sentido filosófico, para no haber visto el íntimo y esencial himeneo que une al axioma mate-